

Terrorismo e Historia.

Sarajevo: el atentado que desencadenó la Primera Guerra Mundial.

Introducción.

El fenómeno del terrorismo no sólo es significativo por sí mismo sino también, porque sus acciones han desencadenado, a lo largo de la historia, problemas mucho más graves que - en ciertas circunstancias - han afectado directamente la paz y la estabilidad del sistema internacional en su conjunto. En efecto, esta estrategia posee una dilatada trayectoria histórica y sus manifestaciones se han convertido, con frecuencia, en catalizadores de procesos de mayor envergadura, complejidad y violencia.

Este es el caso del atentado de Sarajevo; un hecho que desencadenó la Primera Guerra Mundial y generó el desmoronamiento del Sistema Multipolar Eurocéntrico. Es por ello que, desde nuestra perspectiva, este suceso no debe examinarse de manera aislada, sino que debe enmarcarse dentro de un proceso mucho más amplio y más complejo. En cuanto a sus proyecciones, deben analizarse en función de un cúmulo de factores específicos. El objetivo que nos hemos propuesto alcanzar en este trabajo es:

Analizar al terrorismo como un componente significativo en la historia de las relaciones internacionales; un componente cuya incidencia fue determinante en diversas épocas y circunstancias históricas y cuyas consecuencias afectaron siempre - en mayor o menor grado - a los actores del sistema internacional. En otras palabras, creemos que es importante entender que las manifestaciones terroristas pueden y deben interpretarse en un marco histórico específico y que la perspectiva de análisis más adecuada para hacerlo es la que nos proporciona la disciplina de las Relaciones Internacionales.

I. El Sistema Multipolar Eurocéntrico 1648-1914: Génesis, evolución y desarticulación.

Según los internacionalistas, el Sistema Multipolar Eurocéntrico (SME) se configuró en 1648, cuando finalizó la Guerra de los Treinta Años. Una guerra que había enfrentado a las potencias europeas en un conflicto de base religiosa, pero en la que también deben considerarse diferencias políticas, económicas y sociales. En efecto, en Westfalia nació un *Sistema de Estados hegemónicos de poderío equiparable*. Estas potencias rectoras eran cinco: Inglaterra, Francia, Austria, Rusia y Prusia; una *Pentarquía Europea*, que habría de mantenerse estable - aunque con algunas modificaciones - hasta la Primera Guerra Mundial. (Kissinger, Henry, 1995: 73 - 97).

Estas potencias se regían por el principio de Balance de Poder, lo cual suponía que era indispensable evitar la hegemonía de alguna de ellas por encima de la de sus pares. En este esquema, las alianzas era temporarias y flexibles; la cooperación y el conflicto se daban de

manera alternativa y los instrumentos más importantes para regular sus vínculos eran la diplomacia y la guerra.

Entre los siglos XVII y XIX, la evolución de estos hegemones fue bastante pareja, sin embargo, es necesario marcar ciertos puntos de inflexión a lo largo del proceso.

En 1789, el estallido de la Revolución Francesa, dio origen a un proceso de gran envergadura que terminó desequilibrando al Concierto Europeo. En efecto, cuando Napoleón Bonaparte se lanzó a la conquista europea, puso en peligro la estabilidad del sistema pues, la supremacía francesa amenazó el principio de Equilibrio. Ante esto, sus adversarios se organizaron rápidamente para detenerlo y formaron las coaliciones mediante las cuales terminaron derrotando definitivamente a Francia.

Es indudable que la desarticulación del imperio francés, marcó un punto de inflexión en la historia de la Multipolaridad europea pues configuró un momento clave a partir del cual los hegemones tomaron conciencia de la necesidad de crear y establecer reglas de juego explícitas que favorecieran la preservación del modelo. De hecho, intentaron crear un sistema de seguridad colectivo que favoreciese a sus intereses y preservara el statu quo. No olvidemos que ya - en este período - tanto Inglaterra como Francia habían iniciado su expansión colonial; una empresa que les ocasionaba importantes costos a nivel económico, político y social. Debido a estas nuevas exigencias, los Estados líderes necesitaban asegurar la paz y la estabilidad en Europa pues sólo así podrían abocarse al logro de sus objetivos fuera del continente.¹

Tras la derrota de Napoleón, sus vencedores se reunieron en el *Congreso de Viena* y establecieron los principios, las pautas y las acciones que les permitirían restaurar las capacidades del Sistema Multipolar. Este congreso - cuya pertenencia ideológica puede situarse en el conservadurismo - propugnaba el rechazo a los límites al poder real, como así también la denegación de la soberanía popular, las garantías y las libertades individuales. Su meta fundamental se fijó en instaurar un *orden político y un sistema jurídico y organizativo a nivel internacional*, que evitara los riesgos revolucionarios y las transformaciones proclamadas por la ideología liberal. Como señala Adela Alija Garabito: se trataba - lisa y llanamente - de retornar al modelo del Antiguo Régimen. (Alija Garabito, Adela, 2001. En: Pereira Castañares, Juan Carlos. Op. Cit. P. 71)

Como sostuvo Talleyrand en las reuniones de Viena:

“Si (...) el mínimo de poder de resistencia fuese igual al máximo del poder de agresión (...) habría un auténtico equilibrio. Pero (...) la situación real solamente admite un equilibrio que es artificial y precario y que sólo puede durar mientras ciertos grandes Estados sigan animados por el espíritu de moderación y justicia.”(Nicolson, Harold, 1974: 155. Citado por Kissinger, Henry, 1998:77)

¹ En efecto, durante todo el siglo XIX el proceso de expansión representó un esfuerzo adicional para las grandes potencias; un esfuerzo que habría de darles muchos réditos pero que también iba a absorber todas sus energías.

En cuanto a sus objetivos fundamentales, pueden distinguirse tres: a) garantizar la estabilidad política del continente; b) impedir la hegemonía exclusiva de alguna de las grandes potencias y simultáneamente c) facilitarles la expansión económica, la conquista territorial y el control de los recursos en otros continentes. (Calduch Cervera, Rafael, 1991: 10)

Según Henry Kissinger, la virtud del Congreso de Viena fue contribuir a consolidar el concierto europeo mediante una estructura muy bien planeada, tanto que sólo *un esfuerzo de magnitud excesiva* podría romperla. Por otra parte, afirma el autor, lo que verdaderamente unió a las potencias europeas fueron los valores compartidos: el equilibrio no sólo era físico, sino también moral.

“En este sistema, el poder y la justicia se encontraban en sustancial armonía. El equilibrio de poder reduce las oportunidades de recurrir a la fuerza; el sentido de la justicia reduce el deseo de emplearla. Un orden internacional que no parezca justo a sus hegemones, será desafiado tarde o temprano”. (Kissinger, Henry, 1995: 74)

Las tareas del Congreso culminaron con la definición de tres principios, a partir de los cuales iba a construirse el *edificio de Viena: El Principio de Restauración o de Legitimidad Monárquica, el Principio de Equilibrio y el Principio de Intervención*, a partir del cual nacieron, sucesivamente: la Santa Alianza, la Cuádruple y la Quíntuple Alianza. Sin embargo, ninguna de estas ligas alcanzó objetivos significativos y - hacia la mitad del siglo - ya habían sucumbido frente a las nuevas fuerzas revolucionarias, liberales y nacionales que se manifestaban en distintas regiones de Europa. En efecto, entre 1820 y 1848, se desató en el continente un ciclo revolucionario que desgastó, progresivamente, las fuerzas del sistema de Viena. Dicho desgaste se profundizó durante la segunda mitad de la centuria, abriendo el camino a nuevos procesos de transformación.² De hecho, el primer golpe se originó por la Cuestión de Oriente; un problema colectivo que engendró la guerra de Crimea; el primer enfrentamiento bélico entre las potencias desde los tiempos de Napoleón.

Más adelante, tanto en Prusia como en los Estados alemanes autónomos y en Italia, la fuerza del nacionalismo condujo a Otto von Bismarck y al Conde de Cavour a poner en marcha sendos procesos de unificación que se concretaron en 1871. A partir de entonces, dos nuevos Estados pasaron a integrarse al *Concierto Europeo*: Alemania, que sustituyó a Prusia, e Italia.

Durante esta etapa, otros procesos importantes transformaron el escenario del Sistema Multipolar: el Colonialismo, devenido en Imperialismo; la Segunda Revolución Industrial, la crisis económica de 1873 y los cambios ideológicos y culturales de los Estados, dieron origen a la *Paz Armada*.

² Asimismo, este descontento también tuvo un fuerte impacto en la región balcánica, donde se desencadenaron severos disturbios y levantamientos entre los pueblos eslavos. Un proceso que pasó a la historia con el nombre de: La Primavera de los Pueblos.

Ahora bien, es necesario destacar también que, simultáneamente, se produjeron algunos procesos positivos, como la democratización de las sociedades que avanzó de manera irreversible en Europa. Nuevos grupos sociales plantearon sus demandas y reclamaron una participación más activa en la vida política de las grandes potencias. (Duroselle, Jean Baptiste, 1971: 59). Nuevos partidos políticos - radicales y socialistas - exigieron mejores repartos de la riqueza y denunciaron los atropellos sistemáticos que las clases políticas - aristocráticas u oligárquicas - llevaban a cabo contra los trabajadores y los grupos más desprotegidos de la sociedad.³ La opinión pública empezaba a tener peso propio y a influir en los cambios de la vida social. En esta *era de las reformas*, muchos gobiernos se vieron obligados así, a modificar las bases de su sistema de poder.

Las ideologías se fortalecieron y se convirtieron en fuentes dinamizadoras de nuevas acciones y convicciones. Así, por ejemplo, el nacionalismo de la primera mitad del siglo que se había tornado más duro y agresivo, se popularizó en Estados y sociedades y terminó configurando una poderosa fuerza impulsora de nuevas políticas, cuya expansión habría de provocar fuertes oscilaciones en el sistema internacional. Paulatinamente, los gobiernos se tornaron *más susceptibles, más irritables, más ambiciosos*. Y los progresos del socialismo y del anarquismo despertaron grandes simpatías entre muchos grupos populares nuevos, nacidos de la Segunda Revolución Industrial. Estas simpatías atemorizaron a muchos gobiernos que intentaron frenar sus avances y desarticular a sus organizaciones.⁴

Esta nueva realidad - compleja y profundamente frágil - profundizó el desmoronamiento del Sistema de Viena y generalizó la tensión y la desconfianza entre las potencias. Así, los hegemones buscaron fortalecer su seguridad, lo que los condujo a conformar una compleja red de alianzas que terminó gestando dos importantes bloques antagónicos: la Triple Entente y la Triple Alianza. De hecho, durante la Paz Armada - que se extendió entre 1890 y 1914 - se gestó el proceso que hirió de muerte al SME pues degradó, irreparablemente, a su principio rector: *The Balance of Power*.

Durante los primeros años del Siglo XX, dos crisis internacionales y algunos enfrentamientos armados en la región balcánica, pusieron al descubierto la imposibilidad de restaurar el equilibrio perdido. El principio de homeostasis, ya no funcionaba. En poco tiempo más, el asesinato del heredero al trono de Austria, desencadenaría la *Gran Guerra*; una contienda con caracteres bastante novedosos que puso fin al Sistema Multipolar Eurocéntrico.

³ Este proceso se dio con bastante tranquilidad en la mayoría de los Estados, salvo en el caso ruso donde la rigidez de la autocracia zarista impidió todo avance en este sentido.

⁴ Como sabemos, el socialismo se configuró como una corriente de pensamiento - cuyos orígenes "utópicos" se sitúan a mediados del siglo - que buscaba un modelo social ideal, justo y equitativo que transformara la estructura política y socio-económica de los Estados. No sería posible exponer aquí la teoría de Marx ni desarrollar sus análisis sociológicos y económicos, tan sólo diremos que su influencia fue absolutamente decisiva sobre una enorme cantidad de grupos y partidos que abrazaron su teoría con la fuerza de una religión y que creyeron en su viabilidad y necesidad más allá de cualquier consideración crítica. El socialismo se expandió por toda Europa y se enraizó en la estructuración de los movimientos obreros con gran celeridad.

II. La Belle Époque del Terrorismo.

De acuerdo al análisis de Laqueur, el terrorismo sistemático comienza a manifestarse en la segunda mitad del siglo XIX y está compuesto por diversas categorías totalmente distintas: los revolucionarios rusos, los grupos nacionalistas radicales (irlandeses, macedonios, serbios y armenios que empleaban estos métodos para obtener autonomía o directamente la independencia) y los anarquistas. Tres corrientes representativas, las cuales - a pesar de las diferencias políticas contextuales y de la variedad de metas y objetivos - tenían un origen común: el surgimiento de la democracia y del nacionalismo. (Laqueur, Walter, 2003: 43)

En efecto, durante esta época, la estrategia terrorista dio sus primeros pasos, se organizó y se desarrolló en base a las primeras doctrinas que - más adelante - habrían de configurar una verdadera filosofía del terror. Consolidada por sociedades secretas y organizaciones políticas, *la filosofía de la bomba* fue divulgada a través de una serie de escritos y proclamas que se expandieron por toda Europa e incluso, por el norte de América. De hecho, en poco tiempo, se convirtió en un basamento doctrinal que subyacía al ideario político del grupo y que actuaba como un entramado argumentativo - no explícito - que justificaba, legitimaba y otorgaba sentido a sus actos. Como sostiene Laqueur:

“Cuando concluyó el siglo XIX parecía que nadie estaba seguro frente a un ataque terrorista. El terrorismo se había convertido en la principal preocupación de los políticos, los policías, los periodistas y los escritores desde Dovstoievski, hasta Henry James” (Laqueur, Walter, 1980: 37)

Con respecto al terrorismo anarquista, su impacto se hizo sentir entre 1892 y 1894, cuando una larga serie de atentados creó una enorme agitación en toda Europa; a tal punto que, muchos políticos de la época hablaban de la existencia de *una gigantesca conspiración internacional*. (Laqueur, Walter, 1980: 47).⁵

Hacia 1890 se iniciaron también las campañas del terrorismo armenio y macedonio contra el Imperio Turco. En este caso debemos señalar que, si bien estas acciones no fueron muy efectivas, contribuyeron a generalizar el miedo y la inseguridad colectiva de manera considerable. En esta misma época hubo terrorismo en Polonia y en varios países de la Europa Occidental; especialmente en Francia, Italia y España; sin contar el caso específico de los grupos irlandeses que venían actuando desde tiempo atrás.

II.1. El atentado de Sarajevo.

⁵ Es importante señalar que esta ola de terrorismo anarquista se expandió hacia los Estados Unidos y varios países latinoamericanos; específicamente, a la Argentina.

Como se sabe, el atentado de Sarajevo se produjo en la capital de Bosnia, el 28 de junio de 1914. En él, fueron asesinados el archiduque Francisco Fernando y su esposa Sofía, herederos del trono austro-húngaro. El ataque fue perpetrado por Gavrilo Princep, militante del grupo *La Joven Bosnia*, adherido a la organización *La Mano Negra*, también llamada, *Unificación o Muerte*; una organización serbia que había adoptado la estrategia terrorista. De ideología nacionalista, tenía conexiones con otros movimientos paneslavos, fuertemente vinculados al Gobierno serbio. Fue fundada durante la primera década del siglo XX, con el objetivo de alcanzar la reunificación de todos los serbios, en un único Estado.⁶ En realidad, el objetivo de la organización era reconstruir la Gran Serbia del siglo XVI lo cual significaba, obviamente, entrar en conflicto con el Imperio Austrohúngaro, pues los austriacos ocupaban la región de Bosnia-Herzegovina que era reclamada como parte del nuevo Estado serbio.⁷ (Chaliand, Gérard y Blin, Arnaud, 2004: 191 - 193). Dicho territorio había sido anexoado por el imperio austro-húngaro en 1908, generando una crisis que desestabilizó el delicado balance regional.

“... Bosnia era una tierra de nadie situada entre dos Imperios: el Otomano y el Austriaco. En ella coexistían tres religiones, la católica romana, la ortodoxa y la musulmana y sus pobladores - serbios y croatas - no estaban dispuestos a someterse a ninguna autoridad. Durante treinta años esta región había estado bajo la soberanía turca y la administración de Austria, aunque disfrutaba de un cierto margen de autonomía. Sin embargo, esa situación cambió rotundamente cuando Viena, apelando a las resoluciones del Congreso de Berlín celebrado en 1877, decidió incorporarla definitivamente a sus posesiones”. (Kissinger, Henry, 1998: 190-191)

En los años previos a la guerra, La Mano Negra organizó más de una decena de atentados en la región balcánica. En realidad, la decisión de acabar con la vida del heredero austriaco obedeció al temor de que el archiduque otorgara concesiones políticas a los bosnios; concesiones que debilitaran el espíritu del movimiento nacionalista. Como fuere, el atentado se planeó a partir de la búsqueda de un rédito político concreto; sin embargo, es muy probable que sus autores no previeran los efectos multiplicadores que éste habría de alcanzar. Como sostienen Chaliand y Blin, este atentado configura un ejemplo de la complejidad de los conflictos que se daban en la región y que habrían de sucederse a lo largo del siglo XX.

El crimen de Sarajevo fue la mecha que encendió la primera conflagración mundial y, en este sentido, podría decirse que, en cuanto representación, este acto fue un emergente de las condiciones socio-políticas en las que se produjo. En otras palabras, fue una causa y a la

⁶ A esta organización también se le atribuye el asesinato del rey Alejandro I de Serbia; fue disuelta en el año 1917 por el Gobierno de Serbia.

⁷ Serbia aspiraba a convertirse en el polo de la unificación serbia en los Balcanes y en cumplir el rol que había desempeñado el reino de Piamonte en la Península Itálica.

vez, una consecuencia de la gravísima crisis que sufría el modelo de orden a nivel internacional.

III. La crisis del sistema.

En definitiva, el accionar terrorista era - como afirmaban sus actores - una estrategia útil para provocar el caos entre las clases dirigentes y para sumirlos en la desesperación. Indudablemente, durante los últimos años de siglo XIX, dicha estrategia contribuyó a incrementar los temores y las desconfianzas en un continente en el cual, el fortalecimiento del nacionalismo, la tensión hegemónica y los problemas coloniales, determinaron el *endurecimiento de las alianzas y la maduración de las fuerzas conflictivas* entre las potencias. (Duroselle, Jean Baptiste, 1971: 48) Específicamente, entre 1904 y 1914, las relaciones de cooperación y las de conflicto se entrelazaron de manera compleja, modelando un esquema de vínculos que terminó conduciendo a los actores a la guerra. En la última fase, se desencadenaron algunas crisis de origen colonial o de tipo balcánico, lo cual puso en evidencia la aceleración de este irrefrenable proceso de descomposición.

De acuerdo a los desarrollos de la teoría sistémica, los sistemas están penetrados por una gran cantidad de in-puts y de out-puts, cuya incidencia es de suma importancia. Mientras la administración de estos elementos sea relativamente eficiente, los cambios o alteraciones que éstos provoquen no afectarán sustancialmente al conjunto. Sin embargo, si los elementos se salen de control, se pueden iniciar procesos de retroalimentación cuyo resultado puede ser absolutamente negativo.

Desde nuestra perspectiva, las campañas de violencia terrorista, desatadas en estas décadas, constituyeron claramente un in-put que contribuyó a acelerar el deterioro del sistema.⁸ En otras palabras, las campañas terroristas contribuyeron a debilitar el principio de homeostasis e incluso, a desvirtuar el isomorfismo. Concretamente, con respecto a la homeostasis, se tornó impotente para mantener estables las condiciones sistémicas pues su capacidad para realizar ajustes autorregulados, simplemente, desapareció. En cuanto al isomorfismo, se vio duramente afectado por una serie de elementos perturbables, lo cual se tradujo en la ruptura de la estructura, o modelo de orden. Al debilitarse la estructura, las reglas en las que ésta se fundaba, también perdieron su eficacia. De hecho, las normas que regían las relaciones, sufrieron distorsiones importantes. Veamos algunos ejemplos.

a) *Negociar antes que luchar.* Este principio pudo mantenerse durante la Paz Armada pero, a medida que pasaba el tiempo, sus condiciones se hicieron cada vez más difíciles. En efecto, a pesar de la frenética actividad de embajadas y cancillerías, las partes no

⁸ Por su parte, tanto el imperialismo como las rivalidades comerciales y las disputas coloniales, desgastaron los vínculos entre las potencias, contribuyendo a enrarecer la atmósfera general y a sensibilizar las emociones colectivas de los pueblos de la época.

encontraron el modo de satisfacer sus intereses sin afectar los de sus rivales. Como sostiene Calduch: en esta época, la diplomacia adquirió un carácter eminentemente secreto que complicó notablemente las negociaciones, redujo el número de actores con acceso a la información y a la toma de decisiones; elevó las desconfianzas y disminuyó los márgenes de consenso. Así, esta *confidencialidad de las cancillerías*, entorpeció aún más, la posibilidad de disminuir la conflictividad. (Calduch Cervera, Rafael, 1993: 378). En efecto, la diplomacia se tornó rígida y - según la interpretación de Kissinger - se convirtió en *una máquina infernal* cuyo accionar hizo que cada crisis fuese más difícil de resolver que la anterior. Así, la política europea se convirtió en un Juego de Suma Cero, según el cual, cada ganancia de un bando, significó una pérdida para el otro. En este marco, las pruebas de fuerza se generalizaron y la tensión se volvió incontrolable.

b) Enfrentar a cualquier actor que busque la supremacía. En realidad, esta regla fue uno de los instrumentos que precipitó la guerra pues, la búsqueda de una supremacía europea y global por parte de Alemania, fue uno de los vectores del conflicto. Recordemos que, la adopción de la Welt-Politik por parte del kaiser Guillermo, incrementó la rigidez británica, el temor de Francia y la desconfianza de Rusia. A partir de entonces, las naciones europeas transformaron el equilibrio de poder en una carrera armamentista sin comprender que la tecnología moderna y la conscripción en masa habían hecho que la guerra se convirtiera en la peor amenaza contra su seguridad.

c) Luchar frente al aumento de fuerzas. Este principio se cumplió inexorablemente. Hacia la primera década del siglo XX, el equilibrio de poder había degenerado en una serie de coaliciones hostiles cuya rigidez no les permitió superar las crisis sino que terminaron conduciéndolas a un enfrentamiento inevitable.

En definitiva, y siguiendo el esquema del modelo en vigencia, en los años previos a la guerra el principio rector del *Balance de Poder* ya no funcionaba; ni como sistema, ni como situación, ni como política. Y fue un atentado terrorista el que precipitó la desarticulación del Modelo de Orden; a partir de entonces, tanto la anatomía, como la fisiología de las relaciones internacionales, habrían de cambiar para siempre.

A modo de conclusión.

Como planteamos en la introducción de este trabajo, uno de nuestros objetivos ha sido insertar el análisis del terrorismo en la trayectoria histórica contemporánea para demostrar hasta qué punto sus manifestaciones han condicionado el devenir histórico hacia el futuro. Es indudable que sólo así podremos evaluar su gravedad y reconocer adecuadamente sus proyecciones. Como también hemos mencionado, más allá de su incidencia específica, el terrorismo ha tenido, frecuentemente, la capacidad de provocar consecuencias cuyo impacto ha sido extremadamente grave para el sistema internacional. En este caso, actuó

como el detonante de una guerra; una guerra que acabó con un Modelo de Orden que regía en Europa - y en el mundo que ella dominaba - desde mediados del siglo XVII.

Creemos que es importante comprender que el atentado de Sarajevo que fue el catalizador o - a lo sumo - el elemento que precipitó el estallido del conflicto, no constituye un dato más del proceso. Por el contrario, este atentado fue un acontecimiento cuyas derivaciones diplomáticas, políticas y militares condujeron a las potencias europeas al peor enfrentamiento de su historia. Formó parte de una de las olas de terrorismo subversivo más importantes de Occidente y su ejecución está vinculada a un prolongado y complejo proceso que se venía verificando desde mediados del siglo XIX. Desde nuestra perspectiva, esto no significa que debamos atribuirle una relevancia que no posee, pero sí que sea necesario reconsiderar su significación a partir de los instrumentos y los puntos de vista que nos proporcionan las categorías, las hipótesis y las proposiciones de las teorías de las RRII.

Como sostiene Jacques Freymond:

“No se trata de rechazar el enfoque teórico en el estudio de la historia de las relaciones internacionales. Todo historiador de calidad, está obligado a preguntarse sobre las constantes y las variables, sobre los orígenes remotos de las revoluciones y las guerras, sobre la dinámica de los factores que intervienen en los procesos; en definitiva, sobre el comportamiento de los hombres y sobre la influencia que ejercen en su entorno.”
(Freymond, Jacques. “Teoría e Historia”. En: Duroselle, J.B., 1998: 418)

Tal vez como en ningún otro caso, el análisis de la Historia de las Relaciones Internacionales requiere de la contribución de la teoría, pues sólo ella puede suministrarlos elementos útiles para comprender de manera integral: la evolución de las sociedades en su conjunto, las tendencias, los cambios y las continuidades. Por su parte, la Teoría de las RRII necesita de la Historia pues sin ella, el aprendizaje sería mucho más dificultoso, abstracto e incierto. La Historia es la que nos proporciona el apoyo empírico, el suceso, el recuerdo, la certeza de lo que sucedió.

“Herodoto y Tucídides podrían representar perfectamente a los antepasados de estas dos disciplinas: la Historia y la Teoría. En vez de oponerse entre sí, estos dos hombres deberían ayudarse mutuamente pues ya nadie duda de que se necesitan el uno al otro.”(Vigezzi, Brunello, “Teóricos e historiadores de las relaciones internacionales. Discusiones y perspectivas”. En Duroselle, J.B., 1998: 461-462)

Magister, Patricia Kreibohm

Coordinadora del Departamento de Historia

Instituto de Relaciones Internacionales - IRI

Universidad Nacional de La Plata